

guez; y éste se dió tal prisa y tales mañas para lograr su intento, que á los catorce dias estaba ufanísimo en la Rábida con la respuesta.

La reina daba las gracias al Padre Marchena por su celo patriótico y le ordenaba fuese á su presencia.

El ilustre fraile no se hizo esperar; á la media noche montó en su mula y se dirigió violentamente á la Corte.

Nunca, dice nuestro paisano García Izcalbalceta, tuvo Colón defensor más elocuente que el Padre Marchena; sus vigorosos raciocinios eran apoyados por la célebre marquesa de Moya, pero más que todo por la inteligencia y el corazón privilegiado de la reina Isabel.

De resultas de las conferencias de Marchena, mandóse á Colón que volviese á la Corte, y se le enviaron recursos, como decía la reina, para una *bestezuela* para el camino.

Llegó Colón á tiempo de presenciar la famosa toma de Granada.

Concluida la guerra iba á tener decisión su negocio. Pero á los primeros pasos se encontraron con obstáculos invencibles las pretensiones de Colón.

Pedía desde luego que se le otorgasen para sí y sus descendientes los privilegios de virrey y almirante de todos los países que descubriese, con el diezmo de sus productos y otras gracias de menor cuantía.

El escándalo de los próceres fué grande, y llovieron dictorios sobre Colón: el fraile Talavera, que conducía estas negociaciones, y que como sabemos, tenía por Colón antipatías, opinaba que era empañar el lustre de la corona acceder á tan locas pretensiones: pero Colón no rebajó un ápice de sus aspiraciones, poniéndose en peligro momento por momento la realización de la empresa.

Así, orgulloso y resuelto en medio de la indigencia, rotas al fin las negociaciones, salió Colón para Santa Fé, camino de Córdoba.

Cuando los pocos amigos de Colón supieron su partida y lá resolución que tenía de pasar á Francia se llenaron de dolor.

El escribano de la corona Santo-Angel logró una entrevista con la reina y le habló en términos vehementísimos: hablan-

do estaba cuando llegó á su auxilio Quintanilla y la marquesa de Moya; todos razonaban, instaban y se apasionaban, de manera que inflamado el ánimo de la reina por una inspiración súbita y como despues de haber medido con su poderoso genio la magnitud de la empresa exclamó:

«Tomo el negocio por mi cuenta, y si no hay dinero en las arcas, tómele el necesario sobre las joyas de mi Cámara.»

Apenas pronunciadas tan decisivas palabras, no corría sino volaba un mensajero en busca de Colón, quien de fijo no hubiera vuelto, temiendo sufrir nuevos desengaños, á no ser por la fé que tenía en la no desmentida probidad de la reina Isabel.

La poderosa voluntad de la reina allanó incontrastable todas las dificultades, y á los pocos dias, con todos los elementos necesarios, estaba Colón con sus queridos frailes y amigos de la Rábida, quienes lo recibieron locos de contento, en tren de realizar su empresa.

LECCION SEGUNDA

Preliminares del descubrimiento.—Embarque de Colón.—Falsos anuncios.—Desesperación de los marinos.—Fe de Colón.—Anuncio de tierra.—Desembarco.—Deserción de la "Pinta."—Vuelve Colón á España.—Honores.—Arreglos de Gobierno.—Vuelve Colón á América.—Nuevos descubrimientos.—Intrigas.—Envidia á Colón. Américo Vesputio.—Desaciertos de Gobierno.—D. Francisco Bobadilla.—Nuevos descubrimientos.—Vuelta á España.—Muerte de Colón.

Despues de multiplicadas dificultades se organizó la expedición que iba á acometer la empresa colosal de duplicar la extensión del mundo, y como elementos contaba con tres pequeñas embarcaciones, llamadas entonces carabelas, cuyos nombres eran «Santa María», «La Pinta» y «La Niña», la primera al mando del mismo Colón, y las otras dos al de Pinzón y Yañez Pinzón.

El Viernes 3 de Agosto de 1492, más bien con un sentimiento de tristeza que con el de entusiasmo que pudiera creerse, partió Colón de Saltés, pequeña isleta que se halla al frente del puerto de Palos.

A los muy pocos dias de abandonar Colón la tierra, sufrió

varios contratiempos y demoras que infundieron alarma en su tripulación, durando esta primera ansiedad hasta el 14 de Setiembre que cruzaron el viento algunas aves, y dos días después vieron sus compañeros flotando las yerbas del mar de los trópicos.

Pero estos indicios eran realmente lenitivos debilísimos de la situación, que comenzaba á hacerse muy angustiosa. La distancia de la tierra era inmensa; el rumbo inseguro; el peligro tanto más terrible, cuanto más cercano y sin esperanza de remedio.

El 25 de Setiembre, un grito de júbilo anunció la tierra; pero no era sino una nube caprichosa la que había producido la cruel ilusión.

Desde ese día, el descontento no conoció límites; las murmuraciones tomaron el cuerpo de una insurrección formidable, que ya no le era posible calmar á Colón como ántes, con ruegos ni con promesas. Al fin llegaron á tal punto las cosas, que Colón tuvo que desplegar su indomable energía, manifestando su resolución de triunfar ó perecer en aquella empresa.

En tales condiciones se encontraba el grande hombre en la popa de su esquite la noche del 11 de Octubre, cuando lo sacó de sus profundas meditaciones una luz que creyó percibir á distancia, que asomó, desapareció y volvió á reaparecer brillante. Dió parte á sus compañeros; se encontraron las opiniones, y esperaron la salida de la aurora con los ojos fijos en el lugar en que se había visto atravesar la luz.

La Pinta, que era embarcación más velera se había adelantado; comenzaba á despuntar la aurora, cuando un cañonazo anunció la presencia de la tierra. Colón cayó de rodillas levantando sus manos al cielo, y con los ojos inundados en lágrimas, entonó el *Te Deum*, acompañándole la emoción indescriptible de sus heroicos compañeros, que le veían como un dios, le estrechaban en sus brazos y le pedían perdones por su pasada conducta.

Verificóse el desembarco; besan arrodillados la tierra los atrevidos navegantes y proclaman su posesión en nombre de los Reyes Católicos.

Los indios, que al principio huyeron espantados, se acercan

y reciben algunas baratijas, dando en cambio hermosos papagayos y ovillos de algodón. Apenas descansa Colón entre aquellos naturales, sigue su expedición por las costas de Cuba, y camina de sorpresa en sorpresa, descubriendo Haití, la Española y Santo Tomás, donde estuvo á punto de naufragar.

En estas expediciones, por sentimientos innobles de que no quiero ocuparme, se había segregado «*La Pinta*» con su comandante Pinzón, de la flotilla; pero al salir de Navidad, el 4 de Enero de 1493, volvióse á encontrar, disimulando Colón su enojo, y partiendo de regreso para España el día 16.

En esta travesía corrió una borrasca deshecha á la vista de los Azores; y cuando parecía que todos los elementos conspiraban para frustrar las conquistas de su genio y de su constancia, él impávido, escribe á los Reyes Católicos, confía á una botella, á que pone su sello, su mensaje, y espera resignado los decretos del destino.

Arrastrado por los vientos llega Colón á puerto seguro; pero al reconocerlo porque ántes las borrascas no le habían permitido cerciorarse del rumbo que seguía, se persuade que está en Portugal.

Sin vacilar Colón da parte al rey de su arribo; éste le recibe con magnificencia y le proporciona auxilios generosos para que vaya á dar cuenta de su expedición.

El 14 de Marzo de 1493, á la hora de mediodía, entraba Colón en Palos, en medio de las más ardientes demostraciones de regocijo.

De Palos envió despachos Colón á los reyes; éstos, conociendo la magnitud del descubrimiento del Almirante, le llenaron de distinciones y de honores, y le recibieron en sus brazos, en medio de la Corte, asombrada del triunfo espléndido de su genio, y á despecho de sus miserables enemigos anonadados.

Consumado el descubrimiento del Nuevo Mundo, lleno Colón de distinciones y de honores, y en el colmo de la fortuna y de la dicha, vió con noble satisfacción que el Papa á usanza de aquel tiempo, en el que se creía le pertenecían todas las tierras de infieles, hiciese donación á los Reyes Católicos del mundo descubierto, otorgándole las mismas mercedes que á Portugal.

Dividió el Pontífice en dos las Américas, concediendo el Occidente á los Reyes Católicos, y el Oriente á Portugal, de donde tomó origen el imperio del Brasil.

Para entender en todo lo relativo á las relaciones y comercio de Indias, se nombró al arcediano D. Juan Rodríguez Fonseca, valido de la Corte, y oculto, pero implacable enemigo de Colón. Al establecimiento que mandaba se llamó despues *Casa de contratación de Sevilla*.

Despues de muchas dificultades y dilaciones, partió Colón con una nueva expedición de once embarcaciones, llamadas las de primer orden *naos de gavia*, y las otras *carabelas*.

Arribó á la Española; se encontró con desavenencias y disgustos. Descubrió la isla de Santo Tomás, y dejó el mando de ella á un catalán llamado Pedro Margaret; y soñando siempre con el Asia, se entregó á nuevas expediciones, despues de haber enviado á su hermano Bartolomé á España con indios para que se vendiesen como esclavos.

Mientras el Almirante expedicionaba, llegó á la Española con despachos de la Corte y el carácter de recaudador de contribuciones, un tal Aguado, fatuo, revoltoso, intruso quien no solo quiso entender en lo relativo á impuestos, sino ingerirse en negocios del gobierno, deprimiendo la autoridad de Colón é introduciendo el desorden.

La ingratitud de Margaret, que se convirtió en enemigo de Colón luego que recibió sus favores; los informes de Aguado, convertidos por Fonseca en odiosas acusaciones, y las conspiraciones de las ruines medianías en las Cortes contra todos los hombres superiores, hicieron á Colón volver á España en 1497.

La presencia del Almirante en la Corte disipó el nublado que parecía envolverle: en la gracia de los Reyes y con nuevas distinciones y honores, hizo una tercera expedición en 1498, no sin amargas censuras de Fonseca, quien reservó para más tarde dar pábulo abundante á su odio concentrado.

En su travesía para Cuba tomó Colón un nuevo rumbo: descubrió la isla de la Trinidad y volvió á la Colonia Española, que encontró próspera; pero á los pocos días de su llegada tuvo el sentimiento de que se sublevase contra su autoridad, que-

riéndose levantar con el mando un hombre oscuro, aunque no desprovisto de talento, lleno de malas cualidades y poseído de una loca ambición.

A la vez que esto sucedía, el arcediano Fonseca sin conocimiento de los Reyes, y por hacer sombra y daño á Colón, disponía una expedición á las tierras descubiertas, al mando de Alonso de Ojeda, expedición célebre por sí; en ella Américo Vespucio dió su nombre al nuevo Continente, por un capricho de la fortuna, Continente que hasta entonces y despues era conocido con el nombre de Islas Occidentales.

La expedición de Ojeda no tuvo consecuencia, merced á la intervención de Roldán, que habiendo capitulado con Colón, ejercía á su lado las funciones de alcalde mayor.

El descubrimiento de algunas minas de oro parecía cambiar la faz de las cosas y mejorar la condición de Colón; pero en la Corte habían criado raíces las maquinaciones contra él; Fonseca soplaba, con verdadero furor, el descontento, y la envidia y la ambición exageraban las acusaciones contra todos sus actos y providencias.

Contribuía á que todo pareciese sombrío y desagradable, la escasez de recursos del erario, pues, sin fundamento, se creía que los gastos de aquellas expediciones lejanas tenían mucha parte en la miseria.

Detras de los Reyes se agolpaban empleados hambrientos gritando: "¡paga!" "¡paga!" y cuando pasaban los hijos de Colón que eran de su comitiva, les llenaban de insultos.

Contribuyó á la desgracia de Colón el envío de una grande expedición de esclavos para su venta; esto hizo estallar en el piadoso corazón de los reyes la indignación, y mandar á las islas á D. Francisco de Bobadilla, con el carácter de juez, y con instrucciones para prohibir la esclavitud y poner orden en todos los negocios.

Arribó Bobadilla á Santo Domingo el 23 de Agosto de 1500.

Recordaremos que Colón había pedido á los Reyes un letrado para que conociese las causas de varios reos, ya por sus delitos comunes, ya por los nacidos de las frecuentes rebeliones que tuvo que reprimir con la mayor energía.

A la llegada de Bobadilla estaba ausente Colón, y en su lugar gobernaba su hijo Don Diego.

El presuntuoso juez fué casi testigo, á su desembarco, de ejecuciones mandadas hacer con motivo de las rebeliones, y éste, impaciente por fungir, se acercó á Don Diego, preocupado con que eran ciertas las atrocidades que propalaban contra el almirante los rebeldes.

Hizo saber Bobadilla á Don Diego su encargo publicándolo y mandándole que le fuesen entregados los presos. Don Diego aplazó la obediencia de las órdenes para cuando su padre volviese de la expedición á que había marchado; irritado Bobadilla, mostró nuevas órdenes en que se le nombraba gobernador; disponían los Reyes se le entregasen las armas y fortalezas, y por último, que pagase las deudas de la Corona y compeliere al almirante á que pagase las suyas.

Tales providencias, que Don Diego se resistió á obedecer, hicieron cundir la popularidad de Bobadilla; agitando las malas pasiones contra los colonos. El furibundo juez insistió en que se le entregasen los presos, y rehusándolo el alcaide de la fortaleza, reunió algunos marineros y populacho y se dirigió á la prisión que sólo estaba custodiada por tres ó cuatro hombres, con armas, escalas y todo el aparato de un asalto formidable.

Colón recibió en la Concepción la noticia de tanta tropelía y al mismo tiempo la orden de los Reyes, seca y tirante que le persuadía de su profunda desgracia.

Entretanto, su hermano Bartolomé fué preso y cargado de cadenas, lo mismo que Colón, á quienes embarcaron para España en medio de los más soeces insultos del populacho.

Alonso Vallejo mandaba la carabela que condujo á Colón á España, y trató al almirante con las consideraciones que merecían su genio y su nombre.

Indescriptible fué la sensación que produjo la llegada de Colón á Cádiz, cargado de cadenas, bajo las terribles acusaciones de Bobadilla.

Los reyes supusieron su arribo, le enviaron auxilios, y á pocos días lo recibieron en su presencia. Colón, de emoción, no pudo hablar al principio, pero repuesto, hizo una elocuentísima defensa de su conducta, desbarató los cargos contra él acumulados, y los reyes le estrecharon en sus brazos. No obstante aquella restitución al favor real, á pesar de desaprobarse

en su consecuencia la conducta de Bobadilla y separarse del mando, el rey Fernando encontró en las discordias de la Española pretexto para amenguar las liberales concesiones hechas á Colón, quitándole un dominio que calificó de peligroso.

Consecuente con tales pensamientos y dando al almirante por motivo que esperaba que los ánimos se calmasen para volverlo al vireinato, nombró en 1502 á D. Nicolás Ovando, quien partió con una gran flota para su destino.

Colón fingió mirar con desdén aquel nuevo golpe de la suerte, y en su inacción forzada revivió en su mente, más ardorosa que nunca, la idea de recobrar el Santo Sepulcro, antiguo y predilecto objeto de sus sueños, sobre lo que escribió un libro curiosísimo de que hacen mención sus biógrafos.

Para el logro de sus miras propuso á los reyes una expedición marítima buscando el istmo de Darien, y logró fomento y auxilios para esta nueva y atrevida excursión. Estimulaba á los reyes el descubrimiento que había hecho Pedro de Alvarado del Brasil, que había dotado de grandes riquezas á Portugal.

Colón con una pequeña flota parte en busca de nuevas aventuras, toca Canarias; y la tempestad lo arroja á la Española, donde se le niega la entrada, y rechazado, sufre los horrores de un temporal adverso por algunos días. Navegando por aquellos mares, encuentra una gran canoa y en ella unos indios que le invitan á ir á su tierra, la que después por varias circunstancias, se ha reconocido que era Yucatán. Colón rehusa y prosigue su camino; sin esta circunstancia se habría acelerado la conquista de la Nueva España, siendo Colón el primero que en ella pusiese los pies.

Perseguido siempre por desencadenadas tempestades y en medio de innumerables trabajos arribó Colón á Costa Rica, Porto-Belo, y lo que él llamó el Retrete, de donde regresó el 6 de Enero de 1503.

En su travesía, en el punto donde se guareció sublévanse los indios y escapa por milagro; acométele la fiebre, y al fin se refugia en Jamaica en un puerto que llamó Santa Gloria, lugar desierto, distante cuarenta leguas por mar de la Española.

En Santa Gloria, con los restos de sus embarcaciones destrozadas por las tormentas, formó unas barracas, y después

de mil congojas, logra Diego Mendez adquirir una canoa, y en ella se lanza á solicitar el auxilio de Ovando.

Colón continúa en Jamaica muy enfermo; se hace sensible la escasez de víveres, y para que nada falte á su situación horrosa, se subleva parte de la tripulación amenazando su vida.

Ocho meses duró tan horrible estado, cuando apareció en dirección de la Española un buque; acercóse; lo mandaba un tal Escobar, enemigo de Colón, quien le llevaba de parte de Ovando un barril de vino, haciéndose á la vela sin prestarle más auxilio.

Al año de la partida de Mendez y del destierro de Colón y los suyos, volvió Mendez con dos embarcaciones, en que regresaron el almirante y su tripulación á la Española, y de allí volvió Colón á España en 12 de Setiembre de 1504, para ser juzgado por el Consejo de Indias.

Pobre, enfermo y en completa desgracia de los ingratos soberanos, pasó en Sevilla Colón cerca de dos años, muriendo rodeado de sus hijos y de unos cuantos amigos el 20 de Mayo de 1506.

LECCION TERCERA

Expedición de Grijalva.—Primeras noticias de arribo de españoles á las costas de México.—Expedición de Cortés.—Rasgos biográficos.—Preliminares.—Salida de la Habana.—Tabasco.—Veracruz.—Noticias á Moctezuma.—Zempoala.—Tlaxca'a.—Alianza con los tlaxcaltecas.

Consumóse el descubrimiento del Nuevo Mundo en 1492.

Emprenóse inmediatamente el tráfico á las Antillas, especialmente á la Habana, llamada entonces Ajaruco, y á la costa de Yucatán: las riquezas que se procuraron los comerciantes decidieron á Diego Velázquez, gobernador de la Habana, á enviar una expedición al mando de Juan de Grijalva, su pariente, quien con cuatro buques y 240 soldados, partiósiguendo la ruta de Francisco Hernández de Córdoba, que había expedicionado de su cuenta antes de él; recorrió la costa, deteniéndose poco tiempo en San Juan de Ulúa y dirigiéndose al Pánuco, donde cambiando sus bujerías con los habitantes de

sus orillas, reunió el valor de diez mil pesos y se volvió á dar cuenta de su expedición.

Durante el breve tiempo que Grijalva permaneció frente de Ulúa, los indios se apercebieron de su aparición, llamaron á sus más notables pintores, que retrataron á los hombres, copiaron caballos é instrumentos de guerra, enviando todo á Moctezuma con la relación circunstanciada de aquel que parecía maravilloso descubrimiento.

Moctezuma, cuyo fanatismo religioso conocemos y que fué tan decisivo en todos sus actos, se sorprendió con la noticia, creyó encontrarle relación con las predicciones de la época de Quetzalcoatl, reunió su Consejo, llamó á sus amigos y parientes, á Cacamatzín rey de Texcoco, Cuitlahuatzin de Ixtapalapan y diez más, y despues de serias deliberaciones, decidieron enviar una embajada á Grijalva, felicitándole por su llegada pero tomando sus precauciones y poniéndole espías resueltos á detenerlo en su camino. Como hemos visto, la pronta partida de Grijalva dejó sin consecuencia esta primera embajada.

Velázquez nombró una nueva expedición y la puso al mando de Hernán Cortés, hombre audaz, de claro ingenio, de popularidad entre gente arriesgada, y dado á las aventuras, y á quien consideró como el más á propósito para la realización de una grande empresa.

Cortés nació en 1485, en el pueblo de Medellin, de la provincia de Estremadura; hizo superficiales estudios en la Universidad de Salamanca, y su genio inquieto le lanzó en pos de la fortuna á las costas del Nuevo Mundo. Al recibir Cortés la noticia de su nombramiento, plantó frente á su habitación un estandarte y convocó á los hombres de corazón y de amor á la gloria para que le hicieran compañía: fueron los más notables compañeros de Cortés, Alvarado, Ordaz, Olid y Sandoval.

La nueva expedición partió de la Habana el 10 de Febrero de 1519, y se componia de cuatrocientos quince hombres entre marineros y soldados, diez y seis caballos, once bajeles, diez cañones y cuatro falconetes.

Costeó Cortés el Golfo en la parte que le habia recorrido Grijalva, y penetró, no sin resistencia de algunos indios por el río de Tabasco, tomando posesión de aquellas tierras.

En ellas conoció y sedujo á la hermosa joven llamada despues Doña Marina ó Malintzin, á quien llevó consigo y la hizo la coadjutora más poderosa de su empresa.

Antes de partir á Tabasco, el Padre Olmedo, de la comitiva de Cortés, dió á los indios algunas nociones de religión, con la imperfección que es de suponerse en quien ignoraba del todo el idioma.

De Tabasco vino á la Costa de Chalchihuecan, llegó á Ulúa el jueves 21 de Abril, y el domingo de Pascua se celebró la primera misa en el lugar en que hoy se encuentra Veracruz.

En Veracruz, Cortés dió á los gobernadores de aquellas costas Tentile y Guitlapitoc, que traía una embajada del rey de España para el de México. Estos dieron cuenta á Moctezuma con pinturas y relaciones como antes lo habian hecho. El monarca mexicano contestó é hizo regalos á Cortés, pero manifestando la resolución de no recibirle.

Entretanto, el señor de Zempoala, mal avenido con Moctezuma por antiguos resentimientos, propuso á Cortés alianza, y esta división fué el primer apoyo para la realización de los designios del conquistador.

Tomó Cortés posesión de la tierra en nombre de los reyes de España y procedió á fundar la Villa rica de Veracruz.

Nombró de entre sus soldados ó nuevos vecinos, ayuntamiento, y en esta nueva corporación hizo la comedia de deponer el mando y volver á recibirlo de manos de aquella representación real, sin duda para desatarse de todo compromiso respecto de Velázquez. En seguida nombró autoridades locales y se dirigió con sus tropas á Zempoala, donde despues de haber inducido á los totonacas á que aprehendiesen á los recaudadores de tributos de Moctezuma, les puso en libertad é hizo que prestasen aquellos totonacas obediencia al rey de España; destruyó los ídolos y erigió altares al verdadero Dios.

Por aquellos días reforzó sus tropas con 18 hombres que llegaron de Cuba y Jamaica, envió cuantiosos regalos al rey de España pidiendo la confirmación de su nueva autoridad, y para quitar á sus tropas toda probabilidad de abandonarle, colocólas y colocarse él mismo en la alternativa de vencer ó morir

en la demanda, quemó sus naves, hecho que se ha inmortalizado en la Historia, como para dar testimonio de una poderosa resolución.

Dejó en Veracruz cincuenta hombres al mando de Escalante, y el 10 de Agosto se dirigió á México con 415 infantes, 16 caballos y algunas tropas totonacas.

Pasó por Jalapa, Huexotla y otros pueblos hasta las orillas de Tlaxcala, capital de la República que ya conocemos, regida por cuatro señores y un Senado, al que pidió permiso para atravesar el país.

Dióse á Cortés, despues de algunas dificultades, el permiso: pero se ordenó secretamente á Xicotencatl, célebre general tlaxcalteca, que procurase exterminar á los extranjeros: tales ordenes dieron por resultado reñidos combates, de los que no sin mucho esfuerzo pudieron salir victoriosos los españoles.

La República pidió al fin la paz, tal vez más en odio á Moctezuma que por amor á Cortés, que entró en Tlaxcala el 26 de Septiembre de 1519.

Fuerte el conquistador con la alianza de zempoaltecas y tlaxcaltecas, vió con gozo ingresar á sus filas primero á los huejotzingas y luego á Ixtlilxochitl, que con una oficiosidad que lo deshonoró á los ojos de la Historia, desde Otompan donde se encontraba ofreció á Cortés sus servicios.

LECCION CUARTA

Alojamiento en Tlaxcala.—Xicotencatl.—Tentativas de Cortés sobre conversión de los indios.—Bautismos de indias.—Nuevas alianzas.—Cholultecas.—Doña Marina.—Incendio y horrorosas matanzas en Cholula.—Disculpas frívolas.

Dejó á la consideración de mis oyentes la apreciación de la sorpresa de españoles y de indios en sus entrevistas: la novedad para los unos; el asombro y la pavora de los otros.

En Tlaxcala fueron alojados los españoles espléndidamente, recibiendo á cada momento testimonio de leal y sincera amis-

tad. Los presentes y agasajos se multiplicaban; la abundancia de viveres tenia en holgura y contento á los conquistadores.

A pesar de todas las pruebas de adhesión que recibia Cortés, su vigilancia era extrema y rigurosas sus prevenciones para evitar una sorpresa. Esto, percibido por sus fieles aliados, les hizo prorrumpir en quejas, y les determinó sin duda á llevarle, para afianzar su alianza, algunas doncellas hermosimas para que se desposasen con Cortés y sus principales capitanes.

El mismo Xicotencatl, padre del afamado general que tanto se distinguió en las batallas de los tlaxcaltecas contra Cortés, presentó á una de sus hijas, bella como un ensueño de felicidad, y fué dada á Pedro de Alvarado, á quien ya hemos hecho notar por su gentileza y su bravura.

Cortés acogió á las damas que iban en lo futuro á ser de su familia, por expresarme asi; pero advirtiéndole con sagacidad que impedían los matrimonios proyectados las creencias diferentes, aprovechó la ocasión para explicar las excelencias del cristianismo y disuadirlos de la práctica de su culto abominable, insistiendo en que suspendiesen los sacrificios humanos.

Los tlaxcaltecas, aunque sumisos á Cortés, mostraron su resolución de no abandonar sus creencias sino con la vida, por lo cual se limitó á pedir uno de sus *cues* ó pequeños templos á los tlaxcaltecas, para levantar allí un altar á la Virgen María, y mandar se celebrase la Misa.

Bautizáronse las indias presentadas á los españoles, tomando las tres principales de entre ellas los nombres de Doña Luisa, Doña Leonor y Doña Elvira.

Entretanto Cortés no perdía momento para extender su prestigio y contraer nuevas y poderosas alianzas, y para informarse de la topografía de México, sus recursos y cuanto la era conveniente para el logro de su colosal empresa.

Maravillaban á los españoles las relaciones sobre estos particulares. Pintábase á México situado en una isla inexpugnable; hacían mención de sus palacios, de sus templos suntuosos, de sus puentes y calzadas, y exponían con vivos colores el cuadro que ya conocemos de la verdadera magnificencia que ostentaba Moctezuma.

En el alma de los asombrados aventureros surgían encontrados afectos de ambición y de perplejidad al lanzarse á un desconocido, fantástico, seductor y redeado de peligros.

Cortés envió aviso á los Cholutecas para que lo recibieran al disponerse á partir de Tlaxcala.

Los cholultecas eran en un tiempo, como ya sabemos, fieles amigos y aliados de los de Tlaxcala; pero en una batalla que ambos pueblos dieron á los mexicanos, los cholultecas mataron por la espalda á sus aliados, de acuerdo con sus enemigos, y tan horrenda acción infundió, como era natural, odio profundo. Así es que, cerca de Cortés aparecían encontradas influencias.

Los embajadores mexicanos trabajaban por que el conquistador desconfiase de los tlaxcaltecas, para así privarlo de su poderoso auxilio. Los tlaxcaltecas, ya comprometidos con Cortés, procuraban que evitase toda unión con los de Cholula, porque los agentes de los mexicanos tenían que obrar conforme con las inspiraciones que de ellos recibiesen.

Los mexicanos instigaban á los de Cholula para que traicionasen á Cortés, y éste observaba la marcha de las cosas, disimulando, para no descontentar á los mexicanos.

Los tlaxcaltecas, de acuerdo con su odio á los de Cholula, hicieron entender á Cortés que era despreciativo é inconveniente el manejo que habían tenido no enviándole mensajeros ni dándole testimonio alguno de simpatía.

Los cholultecas se escusaron de su falta, haciéndole presente que motivaba su conducta el encontrarse en un pueblo enemigo; pero esta respuesta la dieron á Cortés por conducto de cuatro plebeyos, lo que era despreciativo: procuró nuevas explicaciones y nuevas excusas, quedando el uno con sus desconfianzas, burlándose los otros de los españoles.

Emprendió Cortés su viaje en medio de aclamaciones y agasajos; despidió parte de sus fuerzas aliadas, y se avistó á la ciudad con sus españoles y cosa de seis mil indios sus aliados.

Cholula era considerada ciudad de alta importancia; tenía sobre cuarenta mil casas y multitud de templos: sus industrias se encontraban en el estado más floreciente.

Fabricaban los cholultecas ricas telas de algodón; en la alfarería no conocían superior, y en joyería gozaban de renombre.

Toda la ciudad acudio á la entrada de los españoles; derramaban flores á su paso; tañían sus desapacibles instrumentos músicos y les presentaban frutas y viveres.

Cortés fué alojando en una de las principales casas, amplia, cómoda, de extensos patios, y de capacidad bastante para contener un ejército.

A los muy pocos dias de estar Cortés entre los cholultecas, comenzó á notar que le faltaban viveres: hubo rumores de desconfianza; denuncias ciertas dieron consistencia á las sospechas.

Doña Marina previa, vigilaba, acogía las denuncias con honda reserva, cuidando á Cortés con diligencia suma y valiéndole por todo un ejército.

Persuadióse por fin Cortés de lo que pasaba; supo que el suelo estaba minado, y que por las calles que forzosamente tenían que pasar, había encubiertos hoyos llenos de estacas agudísimas para inutilizar su caballería. Las mujeres y los niños habían emigrado de la población muy disimuladamente; en una palabra, la ciudad entera se había convertido en una inmensa trampa; no debía salir con vida ninguno de los amigos de Cortés.

En situación tan peligrosa, resolvió Cortés tentar todos los medios que le parecieron oportunos para salvarse.

Llamó á su presencia á los sacerdotes y los nobles; les preguntó si tenían queja de él ó de sus soldados; les prodigó los testimonios de su consideración. Los cholultecas contestaron muy satisfechos, creyendo así encubrir sus intentos, y Cortés quedó mucho más desconfiado y resuelto á jugar el todo por el todo en aquel lance terrible.

Manifestó al último su intento de proseguir su camino, y los cholultecas se fueron contentos, creyendo llegada la hora de la destrucción de los españoles.

Al siguiente día de esta entrevista y al despuntar el sol, salieron los tlaxcaltecas con órdenes severísimas de que arro-

llasen todo lo que obstruyese su paso, sin respetar sino á las mujeres y á los niños.

Prontos los soldados de Cortés, en buen orden y aprestados para el combate, esperaron la llegada de los nobles y de los criados que traían viveres y obsequios á Cortés.

Penetraron en el patio y rodearon á los españoles: Cortés dió orden para que custodiasen las puertas de modo que no dejasen salir á ninguno de los que en aquel recinto se encontrasen, y así, en medio de ellos, les requirió de nuevo si tenían queja de él y de la conducta de las tropas: respondieron negativamente; entonces Cortés, con el rostro encendido en ira, y ebrio de furor, les hechó en cara su perfidia y dió la terrible señal de la matanza.

Cayeron los españoles sobre aquellos desgraciados, como un grupo de tigres rabiosos, destrozando sus cuerpos, bañándose en sangre, cubriendo el pavimento con un todo formado de entrañas, miembros y despojos humanos. Encarnizados aquellos feroces soldados, salieron como torrente de llamas, asolando todo lo que encontraban á su paso, y propagando la espantosa carnicería. Los indios aterrados y sucumbiendo á millares al principio se rehicieron en medio de los alaridos de las mujeres, los gritos de los moribundos y el horror de la pelea; acogieronse á los templos, y desde ellos opusieron vigorosa resistencia: de repente comienza el incendio; vuela de casa en casa, y ondea sobre los templos, difundiendo el espanto.

Oigamos á Clavijero:

«Arden las casas y las torres de los santuarios; por las calles no se ven más que cadáveres ensangrentados ó próximos á que los devoren las llamas: sólo se oyen insultos y amenazas, los débiles suspiros de los moribundos, las imprecaciones de los vencidos contra los vencedores, y los lamentos que dirigen á sus dioses quejándose de que los habían abandonado.»
«Apartemos los ojos de ese horrible cuadro.»
Vuelto Cortés á su alojamiento, hizo cesar, aunque muy tarde, la matanza. Despues quitáronse de las calles los cadáveres, volvieron las mujeres y los niños á pisar las cenizas formadas con los despojos de su pueblo y los huesos de sus pa-